

A las buenas y a las malas

por Teresa Duran

Malos tiempos éstos, sin duda, para hadas y brujas. De ello se deriva la dificultad para establecer una tipología acertada de ambas. Con todo, y partiendo de que hada se nace y bruja se hace, la autora de este artículo esboza un retrato aproximativo de lo que queda de ellas.



Pequeñas damas.

FROND-LEE. HADAS. MONTENA, 1983.



Pequeñas damas. FROND-LEE. HADAS MONTENA, 1983.

Érase una vez un tiempo esplendoroso en el que a nadie se le hubiera ocurrido escribir, leer o publicar libros, tratados o artículos sobre las hadas y las brujas ya que estaban siempre presentes en la vida cotidiana, menudeaban en los cenáculos de avispados, aparecían de improviso en caminos y bosques, y constituían una gran ayuda para cualquier tipo de desgracia o imprevisión.

Estos felices tiempos pasaron ya, y ahora, hartas de la reluctancia humana en admitir su probada existencia, permanecen alejadas del mundanal ruido y prácticamente sólo se nos presentan a través de la letra impresa.

Sin embargo, la letra impresa tiene dos defectos fundamentales. Uno consiste en su inmensa capacidad de manipulación. Otro en la pérdida progresiva de credibilidad que ha venido adquiriendo. Es decir, un texto, aunque haya sido inspirado y/o dictado por las hadas sufre una transcripción, una corrección de estilo, un picado, otra corrección, una probable y generalmente mal documentada ilustración, una maquetación, algunas traducciones, etc., de modo que, al llegar al lector —y como en el juego del teléfono— queda poco de la frase original. A ello hay que añadir que, con el correr de los tiempos, ya nadie cree a pies juntillas lo que se dice en negro sobre blanco, y la prueba de ello es que bien pocos son los ingenuos que todavía leen. Con lo cual hablar de hadas y brujas hoy es poco menos que una *boutade* y sorprende que una revista tan seria como *CLIJ* pierda el tiempo y el dinero en averiguaciones de este tipo.

Divulgar nuestros conocimientos sobre el tema va a servir de poco, claro está, para que los incrédulos se conviertan. Y lo mismo contribuimos a alejar todavía más de nosotros a es-

tas simpáticas hacedoras del bien y del mal que son las hadas y las brujas. No siendo esa nuestra intención, no creemos que se ofendan.

Una aclaración preliminar antes de entrar en materia. Poner en un mismo saco a hadas y brujas es como confundir el invierno con el verano. Hada se nace y bruja se hace. Mientras la primera pertenece a la ontología de los seres fantásticos, la segunda es la más terrenal de los mortales con la salvedad de haber sido capaz de propiciarse las fuerzas de la naturaleza, dominar los elementos y pactar con seres a los que rehuyen los demás mortales. Que la humanidad haya atribuido el Bien a las hadas y el Mal a las brujas no prueba otra cosa sino que los mortales andan muy despistados en eso de saber distinguir entre el Bien y el Mal. Veámoslo.

Las hadas

Como todo el mundo sabe, existen miles de hadas, de especies diferentes, esparcidas por el ancho mundo, dedicadas a repartir dones, dispensar riquezas y otras lindezas por el estilo. Algún canalla pseudoerudito les ha colgado el sambenito de simbolizar «los poderes supranormales del alma humana», simbolismo que ellas aceptan como una más de las paparruchas con las que los humanos gustan de llenarse la boca.

Hay, como decíamos, muchas especies de hadas, conocidas con diferentes nombres según el idioma de los parajes que frecuentan. Por ello debe tenerse en cuenta que la palabra *hada* no es más que un nombre genérico para designar a un conjunto de seres de lo más abigarrado y dispar. La palabra *hada* engloba nombres más específicos como Damgalnunna, Nereida, Gwagged Annwn, Ninfa, Asrai, Lamignak, Aloges, Moerae, Rusalka, Giane, Fairie, Aguana, Mara, Mermaid, Silvana, Fée, Krosnyata, Malienitza, Erdbibberli, Fata, Fainen, Sibila, Juffern, Hamingia, Fornya, Sidha, Banshee, Bendith, Seelie, Ellilon, Muryan, Oumbakadea... Cada una de ellas tiene unas propiedades tanto físicas como mágicas y un hábitat distinto, pero es obvio que este no es lugar para reseñarlos todos. Baste saber que, para su estudio, resulta más fácil agrupar estas distintas especies en cuatro grandes grupos que responden a las designaciones de: Pequeñas Damas, Damas Verdes, Damas Blancas y Viejas Damas. Grupos de los que sí podemos decir unas pocas generalidades orientativas para su estudio e identificación.

Las Pequeñas Damas son, como su nombre indica, las más menudas de las hadas, de 3 a 50 cm de altura según las especies. Son, generalmente, aladas y sus alas cascabelean al volar. Su carácter es tremendamente travieso y tienen la misma tendencia pilluela de los duendes, con los que a menudo conviven. Se las puede encontrar en parajes especialmente privilegiados por la naturaleza, cerca de los riachuelos y de las fuentes, entre las flores y los árboles más deliciosos, en los que construyen su djinnistan, o jardín privado, especie de nido de flores entretejidas que recuerda poderosamente lo que en las floristerías se denomina como un «jardín japonés»,

pero mucho más bonito, claro está. Se ocupan de todos los seres vivos que no son humanos, enseñan a tejer a las arañas, pintan los pétalos de las orquídeas, peinan el plumón de los polluelos, etc. Tienen buenas relaciones con los niños más pequeños, y es cosa sabida que, a los niños que han nacido cerca del mar, les soplan a la oreja mientras duermen un pequeño sortilegio compuesto del rumor de las olas y el soplo de la brisa, lo que despierta en ellos un amor tal por la vida marinera que nunca más podrán olvidar.

Para propiciarse el favor de esas pequeñas criaturas es bueno, en el momento de nacer un niño, que la dueña de la casa disponga una pequeña mesa cerca de la ventana, con mantel blanco y los más exquisitos dulces que sea capaz de preparar. Hay que dejar la ventana abierta y las Pequeñas Damas entrarán revoloteando y se posarán entre los rizos del bebé otorgándole sus dones. Pero si la mesa o los dulces no están bien dispuestos, lo máximo que se podrá esperar de esas pilluelas es que enmarañen el cabello de los niños de la casa y rompan alguna copa.

Las Pequeñas Damas aman los lugares frescos, y por eso abundan más en las latitudes nórdicas que en las nuestras, aunque la excepcional aportación de María Luisa Gefaell al estudio de las hadas de Villaviciosa de Odón permite suponer que también las hay, y en abundancia, por tierras españolas. De todas las Pequeñas Damas conocidas, la que ha adquirido más popularidad, sin duda, es Campanilla, cuya relación con los Niños Perdidos de Nunca Jamás es tan tempestuosa como tierna.

Las Damas Verdes ya son otro cantar. Tienen apariencia humana, con ojos fascinantes y magníficas cabelleras de todos los colores —los punkies sueñan con poder emularlas algún día. Serán ilusos—. Tienen una voz portentosa y sumamente atractiva. Adoran vestirse ricamente y enjoyarse. Viven en fastuosos palacios de cris-



Damas verdes.

ARTHUR RACKHAM. ONDINA. OLAÑETA. 1988.

tal si son terrestres y en fabulosos palacios de coral si son marinas, porque hay Damas Verdes acuáticas y terres-

tres. Por ello encontramos reseñadas una serie de subespecies como las Damas de la Llanura, las Damas de la

Fuente, las Damas de las Olas, etc. Las Aloges, las Ninfas, las Ondinas, las Sirenas, etc. son otros nombres válidos para designarlas.

Son las únicas de todas las hadas que saben leer y ello les permite la práctica de elaborar filtros y hechizos de todo tipo, ya que no utilizan la varita sino la retorta, el huso, o el espejo para sus beneficios. Jamás enseñan los pies, pero sin embargo enseñan generosamente sus preciosos senos nacarados. Adoran pasar las horas peinándose y cantando, y un modo de atraerse su favor consiste en depositar un bonito peine cerca de los lugares que ellas frecuentan. No hay regalo que les guste más y lo mismo da peine que peineta. Los hombres que ven una Dama Verde quedan eternamente prendados y no consiguen paz ni reposo hasta que han conseguido casarse con ellas, cosa a la que las ninfas acceden muy a gusto, pues como explica Paracelso de las ninfas «poseen todo el entendimiento y toda la sabiduría, con excepción de las cualidades del alma, puesto que no la tienen, de manera que ellas buscan el amor humano, para estar en igualdad de condiciones con el hombre. Y es así (por amor carnal) como la reciben, y también sus hijos, que tienen».

La más famosa de las Damas Verdes es quizá, Melusina, de Luzignan, autora de construcciones misteriosas, edificadas en una sola noche por ejércitos de obreros que desaparecen sin dejar huella al acabarse la obra. Casada, todos sus hijos tienen alguna anomalía física, como ella misma que, durante toda la noche, tiene cola de sirena. Melusina, como la mayoría de Damas Verdes es el arquetipo de la intuición genial, en lo que ésta tiene de advertidor, constructivo, maravilloso, pero también enfermizo y malicioso.

Rubias, con ojos azules, normalmente vestidas de blanco excepto cuando viajan, que utilizan una capa azul y una varita en la mano, son las Damas Blancas. Encarnan la belleza,



Damas blancas.

SUSAN JEFFERS. LOS CISNES SALVAJES. ASURI.

la bondad y la virtud. Tienen el poder de aparecer y desaparecer. Se desconoce dónde viven, aunque los relatos que de ellas nos han llegado indican que es usual encontrarlas en el más profundo corazón del bosque y en la más desesperada de las soledades. Adoran apadrinar niños a los que conceden todo tipo de favores que

les hagan triunfar en sociedad: atractivo físico, bella voz, arte de la danza, etc. Sólo la bondad permite propiciárselas, y por ello el candor infantil es objeto de sus predilecciones y desvelos. Existen pocas Damas Blancas, pero eso carece de importancia porque su capacidad de traslación es portentosa. No les gusta demasia-



Viejas damas.

GUSTAVE DORÉ. CONTES DU TEMPS PASSÉ. 1862.

do mezclarse en los asuntos humanos, porque, a la corta o a la larga, se dan cuenta de que sus favores llevan a los beneficiarios a las situaciones más absurdas y que ello les ha achacado una cierta fama de monárquicas, ya que muchos de sus ahijados han acabado emparentándose con la dinastía real, como si esto fuese el colmo de la feli-

cidad. La más consciente de la futilidad de sus hechizos es, sin duda, el hada Brancanegra, que según nos cuenta el estudioso Thackeray se retiró del ejercicio de su profesión después de la boda del Príncipe Giglio y la Princesa Betsinda.



R. PENAGOS. CUENTOS DE PERRAULT. S. CALLEJA, 1941.

Y en último lugar encontramos las Viejas Damas, siempre con los cabellos cubiertos por una toca o pañolón, amantes de los amplios delantales con bolsillos, muy caseras y hacendosas, que viven en pequeñas chozas coquetonas, en las porterías, en los cruces de caminos y, en general, muy cerquita de los hombres. De hecho son las



J. SÁNCHEZ TENA. HISTORIA DE DESITJADA, LA PRINCESA CÉRVOLA, JUVENTUD, 1935.

que mejor se han adaptado a la vida actual. Tienen un carácter extremadamente afable, son magníficas herbolarias, curan a los enfermos, indican el camino a seguir, y sólo practican pequeños hechizos caseros, no porque no sean capaces de grandes proezas, sino porque su innata humildad les impide hacer ostentación de su sabiduría, sabiduría a la que han llegado más por la edad que por el estudio.

Resulta sencillo propiciárselas, ya que basta con hacerles pequeños favores: compartir con ellas una torta, una caja de bombones, llevarles un hato de leña, cubrirlas con el paraguas, etc. Evidentemente todo el mundo conoce a la madrina de Cenicienta, excelente patronista y diseñadora de carruajes, que convivía con sencillez entre las lentejas, las calabazas y los ratones, cosas modestas donde las haya.

Las brujas

Harina de otro costal son las brujas. Puestos a meditar, resultan igualmente prácticas, y de algún modo, son el contrapeso regulador de la balanza, pero han sido denostadas hasta la saciedad, de modo abusivo y, a veces, injusto.

Cualquiera puede ser bruja, siempre y cuando sea amante de la naturaleza hasta el extremo de querer descifrar sus secretos y dominar sus poderes. Basta con pactar con las fuerzas de la naturaleza en primer lugar (las noches de San Juan y de San Silvestre son especialmente apropiadas para ello) y con las fuerzas demoniacas en segundo lugar, ya que el Diablo resulta un buen maestro de brujas (más por viejo que por diablo).

Según el diablo con el que se pacta, encontramos un tipo u otro de bruja. Así, las que pactan con Lucifer son hechiceras, las que pactan con Satanás practican la magia negra, las que pactan con Belial son unas pendonas alocadas que sólo piensan en juergazos y aquellarres, las que pactan con



FROND-LEE. HADAS. MONTENA, 1983.

Iblís son nigrománticas y las que pactan con Mefistófeles son unas sabias y doctas practicantes de la magia blanca.

No siempre el Diablo está dispuesto a perder el tiempo pacientemente con las aspirantes (recientemente anda muy atareado). Si no son discípulas de primer orden se busca un suplente —en el mejor de los casos un demonio y en el peor un macho cabrío— para las clases. Sólo las brujas enseñadas por Mefistófeles, a las que se puede denominar como Brujas Sabias son capaces de transmitir sus conocimientos a otras aspirantes y de tener así discípulas propias.

Sin embargo, no resulta fácil ni preciso elaborar una clasificación tipológica de las brujas, ya que a menudo cambian de maestro y es frecuente el caso de hechiceras que han acabado convirtiéndose en Brujas Sabias o en nigrománticas.

A las hechiceras se las confunde a menudo con las Damas Verdes pues, gracias a las artes de Luzbel, son igualmente seductoras y fascinantes, poseedoras de un irresistible atractivo. Sin embargo, son incapaces de leer y sólo buscan seducir para obtener de sus numerosos amantes todo lo que apetecen. Una vez exhaustas de riquezas, el amante seducido es abandonado.



I.Y. BILIBIN. CUENTOS RUSOS. LUMEN, 1984.

do a su miserable destino. Por eso vale más alejarse de ellas. Les encanta, claro está, rodearse de lujo y de gentes, y más de una sale en portada de las revistas del corazón, porque no rehuyen ni a la prensa ni a la jet-set, al

contrario de la mayoría de las otras brujas, que prefieren vivir alejadas de las urbes y con modestos medios de subsistencia.

Así, las Viejas Brujas Sabias viven retiradas en el bosque para poder es-

tudiar mejor los secretos de la naturaleza. Leen y escriben hasta altas horas de la noche y su casucha aparece rodeada de un huertecillo en el que gustan cultivar la mandrágora y la ruda (*Ruta graveolens*). Sólo un gato negro les hace compañía, pero ello no obedece a un especial cariño de las brujas hacia los animales, sino porque está más que probado que la sangre de gato negro es la mejor para utilizar como tinta en según qué fórmulas mágicas, del mismo modo en que la sangre de toro funcionaba muy bien para los estudiantes de Salamanca. Para sus desplazamientos utilizan, como es bien sabido, escobas voladoras, fáciles de aparcar y capaces de ocuparse por sí solas de la limpieza. No obstante, también pueden hacer volar barcas, hecho que les conviene para los desplazamientos masivos de dos o más brujas. Muchas de las barcazas del Ebro han salido despedidas más allá del Atlántico, han visitado la India y han vuelto en una sola noche, hecho comprobado al encontrar hojas de plantas exóticas entre los bancos. Bien sabido es que en las riberas del Ebro abundan las brujas.

Cualquier tipo de bruja puede convertirse, si lo desea y se desnuda, en un animal. Un animal casero y nocturno como el gato les va de rechupete para salir a escondidas de su casa, echar algún maleficio por ahí y volver sigilosamente sin levantar sospechas. Más de un caso hay en que, habiendo unos mozalbetes apedreado un gato se encuentran después con que una vecina lleva un chichón en la frente sumamente sospechoso e inexplicable. No obstante, jamás se transformarán en sapos, ya que es frecuente que el Diablo, cuando intuye que alguna de sus discípulas quiere dejar las artes mágicas, les envíe, a modo de espíritu guardián, en una burda parodia del ángel de la guarda, a un repelente sapo deforme que las sigue a todas partes y les recrimina el bien que puedan hacer.

No debe confundirse a una bruja con un brujo. Su diferencia no estriba en el género gramatical, sino en la práctica hechicera. Los brujos son excelentes en la previsión astrológica y metereológica; las brujas en ungüentos medicinales y en consejos sentimentales, incluidos los filtros amorosos y el mal de ojo.

La Inquisición fue especialmente perversa con las brujas, a las que atribuyó muchos más poderes de los que realmente tenían, y se convirtió en el

fenómeno histórico-occidental más depredador de mozas que jamás ha existido. Por ello las brujas no son muy amantes de la religión.

A pesar de todo las brujas son personillas amables si uno les da un cierto margen de confianza, y es una pena que Hansel y Gretel y otros muchos más las exterminen de mala manera. Es una crueldad innecesaria pues, a la larga, perecen de muerte natural y han ayudado a más de una persona a encontrar lo que busca, como es el

caso de la bruja marina que ayudó a la sirena de Copenhagen a encontrar su príncipe.

Se precisa pues de un buen estudio que acabe con la difusión estereotipada que atribuye el bien perenne a las hadas y el mal perpetuo a las brujas, puesto que unas y otras conviven y se ayudan entre sí con feliz armonía. En definitiva, lo que ocurre es que los humanos que han entrado en contacto con esos seres, han decidido por sí solos, divulgando que se trataba de un hada si les había sido propicia o de una bruja si les había sido nociva. Todo es según el color del cristal con que se mire.

Por nuestra parte, estamos a las buenas y a las malas con las buenas y con las malas. ¿O no? ■



ARTHUR RACKHAM.

Bibliografía

- AA.VV.: *Contes de fades*, Fundació Caixa de Pensions, Barcelona, 1985.
- Barrie, J.: *Peter Pan y Wendy*, Juventud, Barcelona, 1984.
- Béttelheim, B.: *Psicoanálisis de los cuentos de hadas*, Fundamentos, Madrid, 1989.
- Bird, M.: *Manual de la bruja*, Anaya, Madrid, 1987.
- Dahl, R.: *Las brujas*, Alfaguara, Madrid, 1987.
- Duran, T.: *Llibre de la por*, Pirene, Barcelona, 1989.
- Gefuell, M.L.: *Las hadas de Villaviciosa de Odón*, Alfaguara, Madrid, 1984.
- Gomis i Mestre, C.: *La bruixa catalana*, Altafulla, Barcelona, 1987.
- Paracelso, Ph.: *Libro de las ninfas, los silfos, los pigmeos, las salamandras y los demás espíritus*, Obelisco, Barcelona, 1987.
- Péju, P.: *La petite fille dans la forêt des Contes*, Robert Laffont, París, 1981.
- Thackeray, W.: *La rosa y el anillo*, Lumen, Barcelona, 1987.